

boró en el breve film que, sobre una serie de conocidos dibujos suyos, realizó Gabriel Blanco, "La Edad de la piedra".

Dentro de un tono que podríamos llamar de "comedia perversa", "Dios bendiga cada rincón de esta casa" posee dos referencias cinematográficas muy claras: inicialmente, "Rebeca", con el planteamiento de la hostilidad agresiva que una criada siente hacia la segunda mujer de su señor, a cuyo servicio ha dedicado toda su vida; después, "The servant", en la inversión de las relaciones de clase entre amo y criado (ama y criada, en este caso) que pasan a desempeñar el papel contrario al que tienen socialmente asignado. Todo ello, por supuesto, modificado aquí por una óptica donde el humor más o menos explícito se mezcla con la crítica a la moral y costum-



Chumy-Chúmez.

bres de nuestra típica burguesía.

Es en este doble punto de partida y en la estupenda interpretación de Lola Gaos en el personaje de la criada, donde "Dios bendiga cada rincón de esta casa" alcanza su valoración más positiva. Porque el desarrollo en sí de la idea inicial a lo largo de la película no es lo suficientemente rico y sugestivo como para mantener en pie el resultado global del film. La escasez de medios y de actores con que indudablemente ha tenido que jugar Chumy-Chúmez (con mención especial para el impagable galán que interpreta el papel de Jimmy), la dificultad que suponía el escenario casi único para toda la historia, y las diversas concesiones a la moda de la "comedia celibéri-

ca" —con una Blanca Estrada que no está para esos troles—, van en contra del intento de "Dios bendiga cada rincón de esta casa". Película que, no obstante, deja algunos indicios de lo que Chumy puede aportar en futuras, y más logradas, obras. ■ F. L.

"La guerra de papá"

Antonio Mercero no ha sido un director con suerte. Su política de la ternura y la bonhomía ("Tronín Trotteras", "Los pajaritos"), de los conceptos católicos preconciliarios ("Manchas de sangre en un coche nuevo"), de las "denuncias sociales" ("La Gioconda está triste"), han sido superados por el tiempo antes, incluso, de que tuviera ocasión de ponerlos en imágenes. Mercero ha estado desplazado quizá por no seguir de cerca la velocidad de un público en ebullición. Sus tanteos han estado en el vacío.

Ahora, basándose en "El príncipe destronado", la novela de Delibes, ha realizado su mejor película, donde sus ternuras tienen un lugar y su bonhomía tiene la base de un carácter más recio como el de Delibes. Considerar que "La guerra de papá" es la mejor película de Mercero no es indicar que estemos ante una película excepcional ni muy importante; sólo constatar que, después de "La cabina", es este el título donde más coherentemente se combinan sus tendencias y donde, en definitiva, éstas adquieren un sentido general interesante. La vida interior de un niño, sus relaciones cotidianas encerrado en el piso de la familia, sus fantasías e ilusiones, forman un punto de acercamiento a la niñez, por lo menos a la niñez que Mercero ha entendido en sus películas anteriores: una niñez inocente, sin crueldades, sin violencias, con gracejo. La violencia está sólo —vagamamente— en sus alrededores.

Lo que mejor tiene la película de Mercero es el "tour de force" que significa el rodaje de toda una hora y media en el espacio de un piso familiar, la evolución de un tiempo concreto y las sugerencias que esta combinación permite. Un rodaje no sencillo y, desde luego, bien resuelto.

Película, pues, de las llamadas "amables", no irritante, en ocasiones graciosa, que orienta finalmente a un director bienintencionado y con conocimientos que no ha encontrado su lugar. ■ D. G.

DISCOS

El fructífero aislamiento de Paco Ibáñez

Paco Ibáñez, fiel a su manera de ser y de vivir, continúa fuera de España, con residencia en París, estudiando y trabajando sobre la poesía y la música de lengua española. El suyo no es ya un exilio forzado, pero sí mantenido. De ahí que recientemente haya entrado y salido del país, para resolver problemas que le atañen, rehuyendo toda publicidad sobre su persona e incluso sobre su obra. A Paco Ibáñez le molesta de verdad el acoso al que le someten los hombres de la prensa y procura sustraerse del alcance de éstos. Pero con él se puede dialogar —y escuchar sus más recientes creaciones— en plan de amigo, ya sea de toda la vida ya sea reciente. Y después que cada cual se gane su pan con su trabajo.

Es por estos motivos, por ese buscado aislamiento y anonimato, que la aparición de su obra más reciente ha pasado prácticamente inadvertida al gran público y a parte de sus seguidores. El producto discográfico (1) está entre nosotros desde hace meses, pero muchos todavía no lo saben. Es, muy posiblemente, el comienzo de una nueva etapa en la producción del músico. O al menos una especie de paréntesis dentro de la continuidad. Paco Ibáñez ha prescindido de sus poetas habitua-

(1) Paco Ibáñez interpreta a Pablo Neruda. Cuarteto Cedrón interpreta a Raúl González Tuñón. Barcelona, Ariola-Pauta 28294-1, 1977.

les, españoles de ayer y de hoy, para centrarse únicamente en la obra del universal chileno Pablo Neruda. Y no ha seleccionado "poesía social", sino poemas amorosos, intimistas, cargados de confidencias pronunciadas como susurros al oído del que escucha. Y, como último carácter diferenciador con su anterior producción, sólo ha llenado una cara del disco, cuyo restante surco ocupa el buen hacer y cantar del cuarteto Cedrón interpretando al poeta argentino —compañero y amigo de Neruda— Raúl González Tuñón. Es más, de los seis temas interpretados por Paco Ibáñez en su surco el último de ellos ya supone una colaboración materializada con el mencionado cuarteto, que le acompaña musicalmente en los cinco temas anteriores.

Si bien este último producto de Paco Ibáñez "rompe" un poco con lo que había hecho antes, existe una continuidad —una superación, en realidad, fruto del trabajo nunca abandonado— en el estilo interpretativo vocal de los seis poemas, algo fragmentado, de Pablo Neruda. La perfecta vocalización, el control del timbre y del tono de la voz y, en conjunto, la expresividad oral del músico están a la altura de siempre en él. Y resulta casi imposible decir que está mejor que otras veces, porque esto equivaldría a restarle méritos a sus anteriores registros, cuya calidad está sobradamente fuera de cualquier duda o matización.

En su exilio parisino, o en sus correrías ambulantes por cualesquiera tierras del mundo, Paco Ibáñez sigue trabajando sin desmayo, dando de sí frutos impecables de inequívoco valor artístico. Es con ese trabajo sin publicidad sobre su persona como realmente ha podido seguir esa línea de madurez musical iniciada hace ya bastantes años. ■ PABLO MORATA.

